car agua de Colonia, y bajé hasta la entrada del comedor. Allí me tomó alguien el frasco de Colonia, y ví á mi hermano tendido en tierra, vuelta la cabeza hácia la izquierda, al entrar, y á mi marido frotándole algo en el rostro. Creyendo que era un ataque de apoplegía y siendo para mí este cuadro demasiado triste, me retiré uno ó dos minutos. Creo que fuí entonces á llamar á las lavadoras, y no podria decir las personas que rodeaban entonces á mi hermano.»

P. Decid, ¿qué líquidos corrosivos ó qué venenos violentos se hallaban entonces, ó se encuentran aun en vuestra casa?

R. Ninguno, absolutamente ninguno, de ninguna especie; ni líquidos ni venenos, jamás he visto ninguno en casa. Diré que hasta media hora despues que entré en el comedor, no supe la muerte de Gustavo. No sé quien me la dijo, pero creo que yo estaba entonces en el cuarto de la aya con los niños. No sé tampoco quien le hizo trasladar arriba. No obstante, creo que fuí yo quien dijo que le pusieran en un cuarto de la torre que designé.

P. ¿Y de dónde proceden las señales de manchas que creemos haber sido sangre, y que se hallan en el suelo del comedor cerca del aparador, y de la segunda ventana?

R. Ayer se derramó aceite en ese sitio, por haberse vertido accidentalmente la botella que lo contenia.

Por su parte el conde Bocarmé, hizo la declaracion siguiente:

Despues de haber contado los primeros momentos de la visita de Gustavo Fougnies: «Tomó para desayunarse chocolate con la señora. Yo me hallaba presente, pero creo no haber tomado nada: comimos despues de medio dia; él comió bien y bebió vino, pero no puedo asegurar si bebió café, ni tampoco si lo bebió mi mujer.

»Durante el dia, me dijo que le dolia la cabeza; no sé quien nos sirvió en la mesa, ni si comió manjares á que no hubiéramos tocado nosotros. No observé que tuviera nada en el rostro, fuesen contusiones, escoriaciones, arañazos, heridas ó quemaduras.

»Despues de comer, hácia la noche, se encendieron luces: la señora, él y yo nos hallábamos en el comedor. Mi mujer salió súbitamente, no sé por qué con la luz, y nos dejó á los dos en la oscuridad. Gustavo estaba en pié cerca del aparador. En cuanto á mí, me hallaba en pié tambien, hácia el rincon opuesto del aposento.

»Súbitamente ha esclamado: «¡Hipólito, socorredme! ¡ay!» Inmediatamente me he dirigido á él, y he querido impedir que cayera. Hase roto una de las muletas, y yo me he herido en la frente, aunque no sé si esto fue antes ó despues, porque no puedo fijar nada. Pero cuando vi que iban tan mal las cosas, me levanté asustado, abrí la puerta y grité: ¡socorro! no sé quien vino el primero y trajo luz y vinagre. Cuando entraron luz, no recuerdo el espectáculo que presentó el aposento, no podria decir si vivia aun Fougnies, pero creo que sí.»

P. ¿De dónde provienen las dos heridas que llevais encima y debajo de la palma de la mano izquierda, y la pequeña herida en el interior del anular de la otra mano, la del pulgar derecho, del índice y la de la frente?

R. A escepcion de la del pulgar, creo que todas las otras provienen de mi caida con Gustavo.

P. Despues de vuestra caida ¿se ha lavado el piso del comedor? Advertimos en él diversas manchas y raeduras que provienen de raspados y de que hemos recogido una pequeña porcion. ¿No son las dos heridas de la mano izquierda, resultado de una mordedura humana?

R. No sabria determinaróslo exactamente... es posible... no me apercibí de ello hasta la mañana siguiente... y aun es dudoso...

P. ¿No causó esa mordedura Gustavo Fougnies? ¿Cómo fue eso?

R. Si es una mordedura de hombre, solo puede habérmela hecho Gustavo. Pero no podria decir por qué me habia de haber mordido asi: no podria daros una esplicacion satisfactoria sobre esto.

Desde este momento el conde de Bocarmé rehusa contestar á nuevas preguntas. Interrogado de nuevo, el 4 de diciembre, declaró que se arrepentia de haber respondido anteriormente, y dice: «No quiero ni aun deciros si he sido alguna vez procesado.»

Pero M. de Bocarmé no era hombre que pudiera guardar imperturbablemente esta actitud: asi es que no tardaron en manifestarse indiscreciones y preguntas significativas. Dijo, pues, sin rodeos á M. Zoude, uno de los primeros médicos que fueron llamados, que su herida de la mano provenia de una mordedura de Gustavo Fougnies. Dos dias despues decia á la misma persona: «¿Creeis que puede recibir una herida semejante un dedo cogido en una puerta?» Algunas horas antes, decia á otro testigo que habia sido mordido por un perro jugando con él.

La justicia inquiria, no obstante, con ardor el cuerpo del delito. El hábil químico encargado de hallar el veneno, M. Stas, fue auxiliado en sus investigaciones de la verdad por la inteligencia verdaderamente escepcional de Deblicquy, criado de M. de Bocarmé. Desde los primeros momentos de la instruccion se supo que el conde se entregaba hacia tiempo á destilaciones y operaciones químicas. Deblicquy habia asistido al conde en sus misteriosos trabajos. Ahora bien, este hombre, grosero en apariencia, y sin educacion alguna, lo habia visto todo, comprendido todo y retenido todo. Asi fue que en el laboratorio del perito, reconoció el zinc y el ácido oxálico. A solo una ojeada, esclamó: ¡Toma: toma! Hé ahí la piedra infernal del señor conde. «M. Stas le arrojó unas gotas á la nariz, y él dijo al punto: «¡Ah, ah! es el agua de colonia del señor conde.» Era la nicotina, y M. Stas habia tenido cuidado de ocultar todos los rótulos de sus líquidos, ignorando que aquel mozo no sabia leer. «Esto es lo que me puso enfermo en Bitremont, dijo refiriéndose á la pretendida agua de colonia.

M. Stas, á fuerza de ensayar reactivos y de buscar venenos nuevos, habia pensado en la nicotina, y solo por casualidad habia hecho conocer este producto á Deblicquy.

(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación